DONOSTIAKO UDAL LIBURUTEGIA - BIBLIOTECA MUNICIPAL DE SAN SEBASTIAN

BALNEARIO
LA PERLA DEL OCEANO

Baños de mar y de pila en departamentos morales, higiénicos y confortables

Tarifas económicas.--Baños de playa á menos de 15 céntimos, con derecho á su ingreso gratuito en el Balneario

Conciertos diarios por mañana y tarde.--Café.--Restaurant

PIDANSE TARIFAS

ENTRADA LIBRE
ASCENSOR

AU PRINTEMPS
BAYONA

GRANDES ALMACENES DE NOVEDADES

EL GRAND CHIC

SASTRE PARA SEÑORAS Y CABALLEROS

Señor

Si V. adquiere un frasco de Magnesia «Erba» notará, que usando esta maravilla de la ciencia, le desaparecerá por completo las malas digestiones, el malestar general; la inapetencia y los dolores de estómago. Cada frasco acompaña el modo de usarlo. La Magnesia «Erba» de (Milano-Italia) puede V. pedirla en la Farmacia del señor Tornero y demás Farmacias acreditadas y á continuación, si V. desea, puede pedir del mismo autor Aceite Riciné, sin olor y sin sabor, delicioso purgante preparado en frasquitos de 25 gramos.

LA HOJA LITERARIA
PERIÓDICO QUINCENAL

Cada número se compone de

UNA NOVELA COMPLETA

de los más reputados autores españoles y extranjeros.

PRECIO: 10 CÉNTIMOS

DE VENTA EN TODOS LOS KIOSCOS Y PUESTOS DE PERIÓDICOS

Callos y durezas de los pies

Se curan radicalmente con el «Callicida Prieto.» Son tan maravillosos sus efectos que á la primera aplicación cesa el dolor y toda molestia en la callosidad, y á los cinco días de uso se desprende por completo el Callo ó Dureza, sin molestia alguna para el paciente. No mancha ni quema la ropa, su aplicación es sencillísima y su uso inotensivo.

De venta principales farmacias y en la de su autor, Fernando el Santo, 5, Madrid,. Depósitos en San Sebastián, Aguirrezabala, Avenida, 39 y Bañejil, Urbieta, 15.

HIERRO QUEVENNE
contra ANEMIA, FIEBRES, DEBILIDAD
El más económico y el mejor tónico
14, Rue de Rosier-Ste. PARIS

Se hacen toda clase de encuadernaciones en la imprenta de este periódico.

GRAN CASINO
DE SAN SEBASTIAN

Dos conciertos diarios de 5 á 7 de la tarde, de 9 y media á 11 y media de la noche. Clásicos los martes. Artísticos, miércoles y viernes. Baile-cotillón, jueves y domingos. Baile de niños con tómbola, jueves y domingos. Restaurant de primer orden. Afternoon tea todos los días á la hora del concierto.

Folletón de "LA VOZ,,
23 de Julio de 1913 — 29

Esta obra es propiedad de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona

SIN MADRE

Novela inglesa original de

HUGO CONWAY

Versión española de

FRANCISCO CARLES

mi bote no quedaban restos, y había alquilado uno más grande en Hefracombe, porque tenía empeño en demostrar á mis antiguos amigos los pescadores que no obstante la larga permanencia del capitán Felipe en Londres, éste era tan hábil como antes en el manejo de la barra del timón ó de los remos.

A la cuarenta y ocho horas de hallarse en Torwood, ya conocía Valentín á todo el mundo, y hablaba largo y tendido con todos, sobre todo con el ama de gobierno señora Lee. Este le hizo el relato prolijo de las proezas de mi infancia. A los pocos días de llevar esta vida reposada y tranquila fué preciso pensar en regresar á Londres; pero antes quiso Valentín tomar algunos apuntes acerca de la costa, y yo por mi parte di el último paseo por el mar. Atravesé á pié la landa al regresad para ir en busca de mi amigo, y de pronto, vi un individuo que seguía el camino de los acantilados, y me pregunté quién podía haberse extraviado en aquellos parajes. Llevéme la mano á los ojos, colocándola como pantalla, y me detuve, miré fijamente hacia adelante; no, no soñobo, no era posible que me equivocase... ¡era él! Eché á correr con todas mis fuerzas y sin mirar en dónde ponía los pies. Conmovido, lleno de alegría, me arrojé en brazos de mi padre, dándole la bienvenida. Las lágrimas empañaban mis ojos, y la emoción ahogaba bi voz.

XVII

Deshaciéndonos el uno del otro del largo abrazo que nos unió, procuramos darnos cuenta del cambio que durante dos años había sufrido nuestras personas. Me parecía estar más fuerte y menos encorvado, y si bien su rostro habíase bronceado, sus rasgos de perfecta regularidad conservaban su expresión de dulzura y firmeza. Fijó en mí su mirada melancólica. Su larga barba cuidada siempre con esmero y lo correcto de su traje, no permitieron abrigar la duda de que hubiese dejado, en cuantos países había visitado, la reputación de un perfecto gentiman. Hecho un rápido exámen, me pregunté una cosa: si estaría él satisfecho de mí.

Os habéis convertido en un hombre hecho y derecho, y doy gracias á Dios, hijo mío, que me permitió veros hoy—me dijo.

—Ha sido, en efecto, una venturosa casualidad, porque, á tardar un día más, no me encontrais aquí; ¿cuándo regresasteis?—pregunté.

—Ayer. Fuí primero á Londres, y habiendo sabido que estabais en Torwood, vine sin perder tiempo.

En medio de mi alegría, me olvidé de Valentín.

—¿En dónde está vuestro equipaje, padre mío?

—Lo más pesado de él quedó en Londres: el saco de noche en la granja inmediata en donde me apeé del ómnibus.

—Entonces habéis atravesado la landa á pie.

—Sí; y hubiera podido llegar antes á no haberme entretenido un rato charlando con un pintor joven, de tan buena presencia como agradable conversación.

Aquel pintor no podía ser más que Valentín, ¡qué contraste entre aquellas dos naturalezas! Una grave, formalista; la otra exuberante, alegre.

—En estos sitios—siguió diciendo mi padre—un artista es una «rara avis", y el canto de la que acabo de encontrar era de las más agradables de oir. En menos de un cuarto de hora me expresó sus teorías sobre la música, la pintura y la literatura, y habló de los trajes del Norte edl Devonshire.

—¿La preguntasteis cómo se llamaba?

—No, y ahora lo siento, porque ese joven se captó mis simpatías. ¡Gracias sean dadas á Dios que al fin me veo en mi casa! —exclamó mi padre.—¡Qué dicha más grande, Felipe!

Cruzamos la verja, y la inesperada llegada de mi padre sorprendió á todos los criados, á los que dirigió algunas palabras cariñosas muy bien dichas, después de lo cual se dirigió á sus habitaciones. No quise decirle que el artista en cuestión era mi huésped y amigo, porque de antemano me representaba á Valentín entrando sin miramiento alguno y armado con su caja de colores, caballete y quitasol, para pedir á voz en grito que le diesen de comer y de beber. La buena impresión que su aspecto había producido en mi padre, me pareció la mejor garantía de la buena acogida que le esperaba. Al entrar en la biblioteca, sentóse mi padre en un gran sillón y yo lo hice á su lado. Cogióme la mano, y estrechándola entre las suyas, me dijo:

—¿Estáis realmente contento, hijo mío, al verme?...

Mi corazón se desbordaba, y mi padre añadió:

—Vamos, Felipe, decidme cuanto os pasó durante mi ausencia. Decidme, estuve allí ó aquí, y me sucedió esto ó lo otro. Hablad vos primero, que os escucho.

Acostumbrado á obedecerle, empecé á hablar.

—Gracias á vuestra libertad, padre mío, mi vida fué fácil y agradable; aunque no haya quizá aprendido mucho; pero debo ¡ay! confesar también, implorando vuestro perdón, que cometí algunas locuras, las que lamento.

—De eso ya hablaremos otro día, hijo mío, pues ahora sólo debemos ocuparnos de las cosas agradables.

—Entonces empezaré por la más agradable de todas: tengo dada palabra de casamiento.

—Se hace muy mal, Felipe, podéis creer me, exponiéndose tan joven al más peligroso de los azares.

—No dudo que aprobaréis lo que hice, cuando conozcáis á la que elegí.

—Tampoco yo dudo que la elección sea excelente; ¿cómo se llama esa joven?

Antes de responder saqué del bolsillo con mucha viveza el retrato de Claudina y se lo entregué á mi padre, que sin dejar de mirarlo, me dijo:

—Es muy hermosa, lo que no me asombra; ¿cómo se llama?

—Es la señorita Neville.

—Sin duda será un apellido respetable; ¡pero hay por ahí tantos Neville! ¿Está bien emparentada?

Hablando así seguía mirando con atención el retrato de su futura nuera.

—Es huérfana—dije;—su padre, el coronel Neville, hace muchos años que murió.

—¿Y en dónde la conocisteis?

—En casa de su tía, que es lady Estmere.

Estremecióse mi padre al oir este título y apellido, y el retrato de Claudina se le cayó de las manos.

—¡Cómo! ¿Qué es lo que he oído, Felipe? ¿Será posible que lady Estmere sea amiga vuestra, Felipe?

El tono despreciativo con que pronunció estas palabras, me hizo daño al corazón. ¡Indudablemente creía también, como los demás, en la culpabilidad de la madre de Valentín!

No permitiéndome la emoción pronunciar una sola palabra, hice un signo afirmativo.

—¿Ignoráis quién es lady Estmere? ¿No sabéis que su marido la abandonó á consecuencia de un hecho muy escandaloso?

—Sí, lo of decir; pero nadie está obligado á dar fé á todo lo que se oye. Sir Laurencio debió haber perdido la razón para obrar de la manera que lo hizo. ¡Ah! Si conociéseis á fondo su esposa, como yo la conozco, os inspiraría el más profundo respeto. Algún día se pondrá todo en claro, y se sabrá que ha sido víctima de una calumnia infame. Tendría á honra poderlo probar. El desventurado marido que de esa manera se dejó engañar por las apariencias, es más digno de lástima que de vituperio.

En el rostro de mi padre no se reveló ni pena ni cólera, sino un gran desprecio. Se levantó y se acercó á la ventana. No puedo comprender cómo la verdad no se abrió en aquel instante camino en mi espíritu; ¡con mucha facilidad se dice después de realizado un acontecimiento, que había podido prevenirse! Cogiendo á mi padre, le dije:

—No podemos ni debemos disputar el día de vuestra llegada que lady Estmere haya sido infiel ó no; la señorita Neville no tiene nada que ver y no puede ser responsable de la conducta de su tía.

—Sois mayor de edad, hijo mío, y por tanto, dueño de vuestras acciones; pero yo no consentiré jamás que se celebre vuestro casamiento con la sobrina de lady Estmere, que fué la que llenó la fama de